



Palabras para la reflexión

Escribano Juan Carlos Lucero Schmidt. Decano de la Facultad de Historia y Letras

El aprecio por las humanidades, tan antiguo en nuestra tradición cultural que permite casi identificar el origen de ésta con la aparición de aquél, no ha sido, sin embargo, idéntico en todas las épocas. Hasta no hace mucho tiempo atrás las humanidades atravesaron un período en el que fueron pocos los dispuestos a aceptar el merecido reconocimiento que en justicia se les debe. Aun el uso de la voz humanidades mermó, mientras el vocablo recibió nuevas y no siempre precisas significaciones, y otras expresiones vinieron a suplirlo en la reflexión académica.

En el extremo de un cierto modo de ver las cosas, las humanidades pudieron considerarse, incluso, enteramente superfluas; aceptadas para un grupo erudito y pertinaz en su afición, estimable acaso, pero ajeno a los asuntos que interesan a la cosa pública.

Nuestra Escuela de Letras, sin embargo, creció consolidándose a pesar de esas circunstancias adversas que podrían haber ahogado su desarrollo. Afirmada en convicciones que remiten a un modo de concebir las humanidades probado en una larga experiencia cultural, la Facultad de Historia y Letras le trazó líneas de conducción y trabajo, que han acreditado su valor para ese tiempo.

La misma inspiración debe animar la nueva época que atravesamos, en la que el aprecio por los saberes cuyo cultivo debe caracterizar a los estudiantes de nuestra Facultad ganan una vez más la estima de nuestros contemporáneos.

Es tiempo de un renovado crecimiento, reclamado por diversas circunstancias. No se trata de proponerse un aumento de dimensión preferentemente cuantitativa. Con ser esto importante, resulta completamente secundario. Para que la Escuela crezca en sentido auténtico, es decir, para que desarrolle y despliegue potencialidades que anidan en la raíz de su espíritu fundante, ese crecimiento debe confirmarla en la fidelidad a sí misma.

Desde un comienzo los estudios en el ámbito de las Letras fueron considerados fundamentales por nuestra Universidad, y ello explica que esta Escuela se cuente entre sus institutos fundadores. Si este aprecio es invariable, hoy se ve potenciado por las particulares circunstancias que presenta el actual momento histórico.

Nuestros días asisten al así llamado proceso de globalización, en el cual, junto a los bienes de todo tipo

que pueden esperarse, no dejan de hacerse presentes amenazas y peligros. Entre éstos muchos señalan con razón el desarraigo que amenaza a personas y pueblos. “El hombre de carne y hueso —nos decía hace ya tiempo Mons. Jorge Bergoglio SJ— con una pertenencia cultural e histórica concreta, se va transformando en una suerte de «homo universalis»...”

Entre otros caminos que conducen a cultivar esa “pertenencia cultural e histórica concreta”, es el de la lengua y la literatura uno de los principales, el cual está confiado en nuestra Universidad a la Escuela de Letras. Ámbito del “saber acerca de sí mismo” que nos exige repensar una vez más nuestra pertenencia americana.

Deberíamos redescubrir esta dimensión de nuestra cultura con el mismo asombro que mostraba hace dos siglos el sabio alemán Alexander Von Humboldt al sopesar el significado de una realidad que la costumbre no siempre nos deja valorar en su justa medida: una lengua “extendida por un espacio de más de 1.900 leguas de largo”.

Hoy hay en América una comunidad cercana a los 300 millones de almas que comparten los datos esenciales — uno es la lengua— en cualquier identidad colectiva. Una comunidad que constituye, desde la perspectiva demográfica, el sector de mayor crecimiento en el continente. De ella se ha dicho con razón que es una comunidad “transparente”, en la cual todo es inmediatamente significativo, todo puede entenderse con un gesto. Hay detrás medio milenio de historia compartida, de memoria común, y un repertorio de vigencias sociales, de creencias, usos y estimaciones que la identifican.

La literatura hispanoamericana es por sí misma una prueba de esta vigencia cultural, como lo han notado invariablemente los observadores atentos a nuestra realidad. Incluso cuando el discurso ideológico formal de algunos de sus exponentes los lleva a negar los fundamentos en que descansa ese mundo de vigencias comunes, sus obras —que como hecho cultural implican al medio en el que nacen y superan al sujeto que las produce— prueban la vitalidad de la unión espiritual que comenzó a tejerse hace cinco siglos.

El mejor conocimiento de ésta, nuestra cultura, su valoración y actualización, son las tareas que, desde un comienzo, nuestra Universidad confía a los académicos y estudiantes de su Escuela de Letras.